

Tan en su natural centro,
Que la virtud y razón
Son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere dirá
Que si es así, ¿por qué peno?
Mas mi corazón ansioso
Dirá que por eso mesmo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,
Á donde el más puro afecto
Aun no sabe desnudarle
Del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia
Que á ser amados tenemos,
Que aun sabiendo que no sirve
Nunca dejarla sabemos.

Que corresponda á mi amor
Nada añade; mas no puedo
(Por más que lo solicito)
Dejar yo de apetecerlo.

Si es lícito, ya lo digo;
Si es culpa, ya la confieso;
Mas no puedo arrepentirme
Por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra
Lo interior de mis secretos,
Que yo misma estoy formando
Los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma
Verdugo de mis deseos,
Pues muertos entre mis ansias,
Tienen sepulcro en mi pecho.

Muero (¿quién lo creará?) á manos
De la cosa que más quiero,
Y el motivo de matarme
Es el amor que le tengo.

Así alimentando triste
La vida con el veneno,
La misma muerte que vivo
Es la vida con que muero.

Pero valor, corazón,
Porque en tal dulce tormento,
En medio de cualquier suerte
No dejar de amar protesto.

ROMANCE AL MISMO INTENTO.

Mientras la gracia me excita
Por elevarme á la esfera,
Más me abate hasta el profundo
El peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre
En el corazón pelean;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte
Temo que tal vez la venzan;
Que es muy grande la costumbre,
Y está la virtud muy tierna.

Obscurécese el discurso
Entre confusas tenieblas;
Pues ¿quién podrá darme luz,
Si está la razón á ciegas?

De mí misma soy verdugo,
Y soy cárcel de mí mesma,
¿Quién vió que pena y penante
Una propia cosa sean?

Hago disgusto á lo mismo
Que más agradar quisiera;
Y del disgusto que doy,
En mí resulta la pena.

Amo á Dios, y siento en Dios;
Y hace mi voluntad mesma
De lo que es alivio, cruz,
Del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda;
Mas de tal manera sea,
Que si son penas las culpas,
Que no sean culpas las penas.

ROMANCE

Á CRISTO SACRAMENTADO DÍA DE COMUNIÓN.

Amante dulce del alma,
Bien soberano á que aspiro,
Tú, que sabes las ofensas
Castigar á beneficios,

Divino imán en que adoro;
Hoy, que tan propicio os miro,
Que me animáis la osadía
De poder llamaros mío:

Hoy, que en unión amorosa
Pareció á vuestro cariño,
Que si no estabais en mí,
Era poco estar conmigo:

Hoy, que para examinar
El afecto con que os sirvo,
Al corazón en persona
Habéis entrado vos mismo.

Pregunto, ¿es amor ó celos
Tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
Da de sospechar indicios.

Mas ¡ay, bárbara, ignorante,
Y qué de errores he dicho,
Como si el estorbo humano
Obstara al lince divino!

Para ver los corazones,
No es menester asistirlos,
Que para vos son patentes
Las entrañas del abismo.

Con una intuición presente
Tenéis en vuestro registro
El infinito pasado
Hasta el presente finito.

Luego no necesitabais
Para ver el pecho mío,
Si lo estáis mirando sabio,
Entrar á mirarlo fino.

Luego es amor, no celos,
Lo que en vos miro.